

MARCELINO RODRÍGUEZ DONÍS

EL PROGRESO EN EL MUNDO CLÁSICO

1. *La idea de progreso en la tragedia griega.*

Aunque algunos autores, antiguos y modernos, niegan el valor de las ciencias y de las artes, son muchos más los que ven en ellas el origen del bienestar y de las comodidades de la vida del hombre. La defensa de las ciencias y las artes no es algo nuevo, sino que se remonta a la Antigüedad. Ya Esquilo¹ describe cómo los hombres, por la mediación de Prometeo, salen de la vida bestial y alcanzan el goce de la civilización y del conocimiento, que los convierte de brutos irracionales en dioses. Se podría resumir bien su pensamiento en esta sentencia: «todas las artes las tienen los hombres por Prometeo».

En *Antígona*, Sófocles² enumeran los logros de la técnica: la navegación, la agricultura, la caza, la doma de caballos, el lenguaje, la moral, la medicina, la libertad

¹ ESQUILO, *Prometeo*, 449-505.

² Vv. 332-371: «Muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre. El se dirige al otro lado del blanco mar con ayuda del tempestuoso viento, bajo las rugientes olas avanzando, y a la más poderosa de las diosas, a la imperecedera e infatigable Tierra, trabaja sin descanso, haciendo girar los arados año tras año, al ararla con mulos. El hombre que es hábil da caza, envolviéndolos con los lazos de sus redes, a la especie de los aturdidos pájaros, y a los rebaños de agrestes fieras, y a la familia de los seres marinos. Por sus mañas se apodera del animal del campo que va a través de los montes, y unce al yugo que rodea la cerviz el caballo de espesas crines, así como al incansable toro montaraz. Se enseñó a sí mismo el lenguaje y el alado pensamiento, así como las civilizadas maneras de comportarse, y también, fecundo en recursos, aprendió a esquivar los dardos de los desapacibles hielos y los de las lluvias inclementes. Nada de lo por venir le encuentra falto de recursos. Sólo del Hades no tendrá escapatoria. De enfermedades que no tenían remedio ya ha discurrido posibles evasiones. Poseyendo una habilidad superior a lo que uno se puede imaginar, la destreza para ingeniar recursos, la encamina unas veces al mal, otras al bien. Será un alto cargo en la ciudad,

política, etc. Eurípides, partidario del progreso técnico, en *Palamedes*, pone en boca del héroe de ese nombre el origen y el significado de la escritura: «Yo solo hallé recursos contra el olvido, y distinguiendo consonantes y vocales en la sílaba inventé para los hombres el conocimiento de las letras escritas, de modo que quien está ausente, allende el mar, pueda conocer perfectamente las cosas que ocurren en su patria, y el que se muere pueda en su testamento decir a sus hijos cuántos bienes tiene, a fin de que lo sepa su heredero. Y las malas cosas que producen contienda entre los hombres, la tableta las define y no permite decir falsedades».

De manera muy diferente se expresa Platón, según veremos al analizar los pasajes finales del *Fedro*, acerca del papel de la escritura. En las *Suplicantes*³ de Eurípides, Teseo se opone a quien sostiene que los hombres poseen males en mayor cantidad que bienes: «pero yo mantengo la opinión contraria de que tienen más bienes que males. Si no fuese así no estaríamos vivos. Yo alabo al dios que nos destinó una vida libre de la condición caótica y ferina, al infundirnos en primer lugar la inteligencia y luego el lenguaje, mensajero de los razonamientos, de modo que entendiéramos la palabra; nos entregó el sustento de los frutos y a los frutos las líquidas gotas del cielo para alimentar al que nace de la tierra, para regar su vientre».

Para conocer las fuentes de ese pesimismo combatido por Eurípides, posiblemente haya que remontarse a Hesíodo, que, en *Trabajos y días*⁴, describe la vida de los héroes que «viven por orden de Zeus lejos de los hombres en los confines de la tierra, sin dolores, en las Islas Afortunadas, junto al Océano de corrientes profundas, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año, dulces como la miel, lejos de los inmortales entre ellos reina Cronos». Los hombres de la quinta generación (la del hierro), en cambio, «nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán ásperas inquietudes... Zeus destruirá igualmente esta estirpe de hombres de voz articulada, cuando al nacer sean de blancas sienes... la justicia estará en las fuerzas de las manos y no existirá pudor... A los hombres mortales sólo les quedarán amargos sufrimientos y ya no existirá remedio para el mal».

En el mito de las edades, *Trabajos y días*, Hesíodo cuenta cómo al principio «los dioses inmortales que habitan en las mansiones olímpicas, crearon una dorada estirpe de hombres mortales. Eran los tiempos en los que Cronos reinaba en el cielo; vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatiga ni miseria, y no se cernía sobre ellos la vejez miserable, sino que siempre, con igual vitalidad en piernas

respetando las leyes de la tierra y la justicia de los dioses que obliga por juramento. Desterrado sea aquel que, debido a su osadía, se da a lo que no está bien. ¡Que no llegue a sentarse junto a mi hogar ni participe de mis pensamientos el que haga esto!».

³ Vv. 196-228.

⁴ 174 y ss.

y brazos, se recreaban con fiestas, ajenos a todo tipo de males. Morían como sumidos en un sueño; poseían toda clase de alegrías y el campo fértil producía espontáneamente excelentes y abundantes frutos. Contentos y tranquilos alternaban sus faenas con numerosos deleites. Eran ricos en rebaños y entrañables a los dioses bienaventurados». Después, cuando la tierra aplastó esta raza, se convirtieron en divinidades menores (*daimones*) y vigilaban a los mortales, a los que protegían y les daban riquezas.

Entre los autores de comedias, Ferécates (*Agrioi*) y Eupolis (*Aiges*) abogaban, antes que los cínicos, por una vida natural, cercana a la de los animales. Esa desconfianza y pesimismo respecto de la cultura y la civilización se halla también en algunos sofistas, como Antifonte, que repudia la legislación civil y todas las artes, mientras que se manifiesta optimista sobre la naturaleza y la ley natural.

La cultura es para éstos mero artificio. No todos los sofistas, sin embargo, rechazan la idea de progreso a pesar de reconocer el valor de la ley natural. Hípias, por ejemplo, valora las artes y presume de ser maestro en muchas de ellas. Esa valoración de las artes se remonta, en realidad, a los tratados médicos, como el *De prisca medicina* o *Sobre la dieta*, que parten del supuesto de que el estado primitivo de la humanidad, el ferino, es insostenible. La inteligencia, aplicada a la experiencia, permite dar el paso de la vida bestial a la civilizada. De ese modo, la creatividad humana está abierta al infinito y permite la equiparación del hombre con ciertas formas de divinidad; pues la mayoría de los semidioses y héroes llevan el nombre de algún descubridor técnico: Prometeo, Atenea, Hefesto, Palamedes, Hércules, etc. También Anaxágoras sostenía que el hombre salió del estado natural mediante la experiencia, la memoria, el saber y la *techné*⁵.

2. Teoría platónica sobre el progreso.

Una de las ideas sostenidas, en *De la dieta*, es que «los hombres conocen lo que hacen, no lo que imitan»; con lo que parece que se adelanta al *verum ipsum factum* de Vico: «Los hombres no saben que pueden observar lo invisible por medio de lo visible, pues al usar técnicas semejantes la naturaleza humana no se dan cuenta de ello. La mente de los dioses, en efecto, les enseñó a imitar los procesos de su propia naturaleza, y conocen lo que hacen, pero no conocen lo que imitan». El hacer es, pues, la verdadera fuente del conocimiento.

Platón mismo, en las *Leyes*⁶, dice que «fueron descubiertas (las técnicas), unas por Dédalo, otras por Orfeo, otras por Palamedes, y las musicales por Marsias y Olimpo,

⁵ ANAXÁGORAS, B21 b, DK.

⁶ 667D.

la lira por Anfión, y muchos hallazgos más que otros realizaron hasta llegar a sabios recientes, como Epiménides». En el *Político*⁷, en el *Timeo*⁸, en el *Critias*⁹ y en las *Leyes*, III, aborda (Platón) el tema de las catástrofes cósmicas.

Según el relato del *Político*, la divinidad abandona periódicamente el gobierno del cosmos¹⁰ y se producen muchas mutaciones; de modo que casi perecen todos los animales y los hombres. En esa nueva situación, muy alejada de la mítica y providencial edad de oro bajo el reino de Cronos¹¹, surgen la miseria y la necesidad extremas. Los animales se vuelven más salvajes y los hombres, desprovistos de las artes, son devorados por ellos y carecen de alimentos suficientes producidos *sponte sua* por la naturaleza, atraviesan un momento de penuria, sin la protección de las divinidades. Ese es justamente el momento en que, careciendo de medios y sin artes, recibieron, según se cuenta, las diversas técnicas de la mano de los dioses, junto con la instrucción y la enseñanza: «el fuego de Prometeo, las artes de Hefesto y su colaboradora, las simientes y las plantas, en fin, de otras divinidades»¹². A partir de este momento, los hombres, como el mundo mismo, empezaron a valerse por sí mismos.

Los inventores (*eurontes*) de las técnicas pusieron cierto remedio a estas calamidades, pero «lo que la tradición considera dones de los dioses nos vinieron, en realidad, por vía del aprendizaje y del necesario ejercicio: el fuego nos fue entregado por Prometeo, las artes por Hefesto y su colaboradora (Atenea), las semillas y las plantas por otros. Y de aquí nació todo lo que contribuye a la vida humana, luego

⁷ 270C-D.

⁸ 22C.

⁹ 100D.

¹⁰ PLATÓN, *Político*, 272 e: «...precisamente en ese momento el piloto del universo, abandonando, por así decirlo, la caña del timón, se retiró a su puesto de observación y dieron marcha atrás al curso del mundo el destino y su inclinación natural».

¹¹ PLATÓN, en el *Político*, 272 a, después de exponer que, cuando los hombres y los animales eran gobernados por los dioses, no había ninguna criatura salvaje ni los animales se devoraban unos a otros ni existía guerra ni discordia, ni los hombres tenían regímenes políticos ni mujeres ni hijos, afirma que «surgiendo de la tierra, todos recobraban vida, sin guardar recuerdo alguno de su anterior existencia; y, si bien de todo esto carecían, disponían en compensación de una profusión de frutos que les brindaban los árboles y muchas otras plantas que crecían sin necesidad de cultivo y que la tierra proveía con don espontáneo. Desnudos, sin necesidad de abrigos, vivían la mayor parte del tiempo al aire libre, porque, como las estaciones eran templadas, no les ocasionaban penurias y, además, disponían de blandos lechos de un césped abundante que de la tierra brotaba». Así describe el extranjero al joven Sócrates la vida de los hombres de la edad de Cronos. En este tiempo, como disponían de ocio suficiente y de la posibilidad de trabar conversación con las bestias, usaban de todas estas ventajas para la práctica de la filosofía.

¹² PLATÓN, *Político*, 274 c.

que, como se ha dicho, la Providencia divina abandonó a los hombres y les fue necesario conquistarse su propia dirección y el cuidado de su existencia».

La *cultura*, pues, fue el fruto del ejercicio de la humanidad, esto es, una conquista de lograda después de vencer las dificultades con el ingenio de algunos hombres que fueron considerados dioses por ello. El evemerismo está, en consecuencia, en el origen de ciertas formas de religión. Para Pródico, los dioses son la divinización de las cosas útiles, pero «nada han concedido a los hombres sin fatiga y sin esfuerzo»¹³.

Cada nueve mil años se producen, según dice Platón en el *Timeo* y en el *Critias*, grandes catástrofes, por fuego y por agua, que hacen retroceder a la humanidad al estado inicial, olvidando todos las artes que los sabios (*eurontes*) habían descubierto. En los diluvios sólo sobreviven los pastores, carentes de cultura y los pocos instrumentos que aún permanezcan en las ciudades con el tiempo se destruyen. Estos montañeses, según refiere Platón en *Las Leyes*, se diseminaron en grupos por los llanos y apenas si tuvieron contacto unos con otros. Como había alimento suficiente, las relaciones eran amistosas pero infrecuentes, ya que no existían medios de transporte. No conocían el oro ni los demás metales y se regían por una forma de gobierno patriarcal, basada en la costumbre. Cuando el número de individuos fue muy elevado, crearon centros urbanos y surgieron las legislaciones y las magistraturas, y renacieron las artes como si fueran totalmente nuevas, pues los hombres ignoran su historia pasada y ya no recuerdan el grado de civilización que la humanidad alcanzó miles de años antes.

Según Aristóteles, a partir de la eternidad del mundo y de la teoría sobre las *naturae vicissitudines*, las innovaciones que se producen en el mundo requieren miles de años: «por eso sucede que los idiomas y las escrituras cambian, y se pierden o se corrompen los escritos acerca de esos cambios, o permanecen y ya no hay nadie que sepa leer esa escritura, como las que ahora se encuentran en las ruinas de Egipto».¹⁴

El sacerdote egipcio del templo de Sais dice a Solón: los griegos sois como niños, comparados con los egipcios, e ignoráis vuestra historia (*Critias*), no tenéis memoria de vuestro pasado y desconocéis que hubo una civilización superior (el mito de la *Atlántida*). Sin embargo, resulta curiosa la afirmación de Platón de que las artes actuales no tienen más de mil o dos mil años.

¹³ *Hércules en la encrucijada*.

¹⁴ Tr., p. 283-4: «...et quod tales inovationes non apparent nisi multis annorum milibus; et accidit propter hoc quod varientur idiomata et scripturae, et perduntur seu corrumpuntur illa quae de hoc scripta sunt, aut remanent et non inveniuntur aliquis sciens legere illam scripturam, ut scripturae quae nunc inveniuntur in locis ruinosis Aegypti». El pasaje citado corresponde al manuscrito latino de la segunda mitad del siglo XVII, *Theophrastus redivivus.*; cfr. MARCELINO RODRÍGUEZ DONÍS, *Materialismo y ateísmo, la filosofía de un libertino del XVII*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2008.

El desarrollo técnico se construye a partir de la inteligencia humana, aunque en Platón hay una especie de anomalía entre, por un lado, su desprecio del trabajo manual y de quienes lo ejercen y, por otro, la consideración de que desde la carpintería hasta la medicina precisan de la inteligencia y la habilidad manual. Por eso termina, a pesar de su concepción inmovilista de la historia (que le lleva a prohibir en aras de la conservación del Estado cualquier cambio, hasta en los juegos o el vestido, por nimio que parezca), por tolerar la absoluta libertad en la investigación. La tradición no puede frenar o dificultar el progreso técnico.

3. Técnica y ciencia en Dicearco y los estoicos.

Ese espíritu de admiración por el progreso técnico y la vida práctica animó a Dicearco a escribir el *De destructione hominum* y *La vida de la Hélade*, en donde recoge, además de las catástrofes, la historia de los descubrimientos, comenzando por Tales, al que considera el primer ingeniero hidráulico y autor de inventos en náutica y astronomía. De entre los pitagóricos, destaca a Arquitas, a quien se le atribuye el invento de la polea, del tornillo, así como la construcción de un *pichón volador*. Otro paso importante en defensa del progreso técnico frente al ideal de la filosofía contemplativa o teórica, propio de la escuela aristotélica, lo da Posidonio, que considera el progreso como testimonio del poder creador del espíritu.

En esa misma línea, Zenón rechaza la doctrina aristotélica de la eternidad del mundo y del hombre, bajo el argumento de que las artes son jóvenes: «es preciso que las artes hayan nacido con los hombres». No es posible que se produzca un desarrollo de la naturaleza racional sin el de las artes, que no deben ser consideradas invenciones de los dioses sino creaciones humanas. Asistimos en este momento a la laicización del mito.

Hay cierta dificultad a la hora de conciliar el espíritu de sencillez cínico-estoica con la idea del progreso técnico, pero probablemente eso se explique en función de la superioridad moral, no técnica, de los primeros hombres, como afirma Séneca, para quien la necesidad de introducir leyes se produjo a partir de la corrupción moral. En la edad de oro los primeros hombres eran incorruptos, obedecían la ley natural, dejando el gobierno en manos de los *meliores* o *sapientes*.

Posidonio considera que el *homo faber* es el verdadero *homo sapiens*. En ese sentido, Anacarsis, con la invención de la rueda de alfarero, y Demócrito, con la construcción de arcos y bóvedas, son considerados como los verdaderos sabios y benefactores de la humanidad. La filosofía y la técnica son una misma cosa. Para Posidonio, los *sapientes* son los descubridores de la fundición de los metales y los inventores del martillo y las tenazas. La construcción de la llave, el arte textil, desarrollado y ejercido por los hombres en el origen, la agricultura, la molienda, etc., son la verdadera sabiduría práctica.

Contra esta visión de la técnica protesta Séneca, que considera que la sabiduría tiene un lugar más elevado (*sapientia altius sedet*) que el saber técnico, que es ejercido por viles esclavos: albañilería, calefacción, taquigrafía, etc. Estos inventos no son obra de los sabios, sino de los operarios que se dedican a colocar vidrios reflectores o tubos calefactores dentro de las paredes, etc. Posidonio, sin embargo, consideraba que el saber técnico no era ningún obstáculo para el saber especulativo, es decir, para la *theoría*.

Séneca¹⁵ rechaza la interpretación posidoniana del *homo fáber* como el *homo sapiens*. El hombre puede vivir sin necesidad de tantas artes según la naturaleza, pero añade: «por egregia y exenta de engaños que fuese la vida de aquellos primitivos, ellos no fueron sabios... no tenían ingenios perfeccionados. La naturaleza no da la virtud y tornarse virtuoso es un arte... Aquellos eran inocentes por ignorancia; pero hay gran diferencia entre el querer y el no saber pecar». («multum interest utrum peccare aliquis nolit an nescit»). Siguiendo el *Protréptico* de Aristóteles, sostiene Séneca que la naturaleza nos exige la contemplación y la acción: «Natura autem utrumque facere me voluit, et agere et contemplationi vacare»¹⁶.

El saber debe hacerse realidad en la práctica, y la contemplación va unida a la acción («nec contemplatio quidem sine actione est»). Su aceptación de la fuerza creadora del espíritu y la confianza en el progreso le llevan a sostener, en la *Naturales Quaestiones*¹⁷, que «llegará un tiempo en que estas cosas que ahora permanecen ocultas, saldrán a la luz en el porvenir mediante una búsqueda asidua de más larga duración... Llegará un tiempo en que nuestra posteridad se extrañará de que ignoráramos cosas que para ella serán tan evidentes. Los hombres del futuro descubrirán muchas cosas que hoy ignoramos, pues el tiempo de la investigación es infinito, así como el camino de la verdad, que no se halla íntegramente recorrido, sino que queda aún gran parte de él por transitar»¹⁸.

Igual que el cuerpo, el espíritu necesita alimentarse y su alimento es la cultura que procede de las generaciones anteriores y del medio social en el que se desarrolla¹⁹. Debemos mucho a los inventos de los antiguos, pero ellos no lo acabaron todo²⁰.

En este orden de cosas, Luciano²¹ expone, con su habitual tono burlón, cómo el amor a los efebos es reciente y debe considerarse, por tanto, un progreso respecto del amor a las mujeres. Su teoría sobre el progreso se basa en Demócrito, Epicuro y Lucrecio. La vida de los primitivos era muy dura, hasta el punto de que se

¹⁵ *Epístola* XC.

¹⁶ *De otio*. Cap. 32.

¹⁷ VII, cap. 25.

¹⁸ *Epist.* XXXIII.

¹⁹ *Epist.* LXXXVII.

²⁰ *Epist.* LXIV.

²¹ *Erotes* 33-36.

alimentaban con hierbas y raíces...Mientras su vida era tan incivilizada que no se les concedía ni la comodidad más elemental «para ir experimentando con el fin de encontrar lo mejor, debían contentarse con lo mínimo necesario, pues el tiempo los acosaba y no les permitía idear un buen régimen».

4. Progreso social, moral, religioso y lingüístico en Demócrito, Epicuro y Lucrecio.

Los hombres salieron de su estado primordial mediante la agricultura y la tejeduría, y dieron en construir casas imitando las pieles y las cuevas que les cubrían en principio. La capacidad de imitar lo natural, modificándolo al reproducirlo y adaptarlo a las propias exigencias y necesidades, era, de acuerdo con los epicúreos, un rasgo que diferenciaba al hombre de los demás animales, incapaces de salir del estado originario. Una vez liberados de la necesidad, la inteligencia de las generaciones sucesivas incorporó alguna mejora y desde entonces se fueron incrementando las ciencias.

Ese distanciamiento de la vida ferina ha sido descrito de muy diversos modos, pero casi todos los filósofos, desde los presocráticos en adelante, coinciden en que el progreso técnico ha surgido de la superioridad del hombre sobre los animales, en función de su inteligencia. El progreso significa apertura e innovación, lo que no parece que se halle en las técnicas de ciertos animales que, como la golondrina o las abejas, son constructores. Los nidos y los panales de las abejas siempre son idénticos. Los hombres, en cambio, pasan de vivir a la intemperie a guarecerse en las grutas y a realizar los más variados tipos de casas. No sólo imitan a la naturaleza sino que la modifican y la someten, como podemos comprobar si observamos las canalizaciones de los ríos para regar sus campos.

Esa modificación de la naturaleza no se observa, apenas, en los animales y no cabe duda de que contribuye a hacer más agradable la vida de los hombres. No tenemos, sin embargo, un conocimiento exacto de la evolución de la creatividad humana y del progreso mediante la aparición de la técnica y la cultura. Los filósofos han intentado explicar los pasos que ha seguido el hombre en su evolución. Así, Demócrito describe el estado inicial de la humanidad primitiva como desordenado y bestial, presidido por el temor a las fieras y la escasez de alimentos, y muy alejado, por tanto, de lo que sostienen los partidarios de la mítica edad de oro presidida por Saturno.

Los hombres se unieron, no como se juntan las ovejas, es decir, no sólo porque se sentían atraídos por sus semejantes, sino porque de ese modo hacían frente a las fieras con mayor eficacia. Al principio no tenían otra fuerza que la de sus manos, pero fueron aprendiendo a construir herramientas y a descubrir y comprender su entorno. Una vez que se asociaron, empezaron a comunicarse entre sí por gestos y después descubrieron los sonidos y finalmente el lenguaje.

Cada una de las hordas tenía un modo propio de expresarse, diferente del de las otras. En un primer momento, su modo de vida era sencillo, se refugiaban en las cuevas y reinaba entre ellos la concordia, sin necesidad de reyes ni amos. Posteriormente, con el descubrimiento del fuego, fueron aprendiendo a fundir los metales y se tornaron más previsores (*promethesteroi*). De aquí se deriva, posiblemente, el nombre de Prometeo, que en indoeuropeo era *pramanta* (el que prevé en su mente, el que adivina) y que dará lugar, bajo el ropaje del mito, a la personificación de lo que es un proceso natural a partir del fuego. El descubrimiento de las artes, que dependen de él, no es, según piensan algunos autores como Lucrecio, un don divino, sino que procede de la capacidad humana para observar los procesos de la naturaleza y aprender de ella.

En los incendios de los bosques, dirá Lucrecio, los minerales llegaban en ocasiones a derretirse y tomaban la forma del lugar en el que caían y los hombres fueron aprendiendo a hacer ellos mismos lo que veían que se producía en la naturaleza. De modo que la aparición de la técnica exige una capacidad de observación y reflexión, previa a la fabricación de instrumentos.

El aprendizaje de algunas artes también pudo el hombre alcanzarlo imitando, según Demócrito y los epicúreos, el mundo animal: de la golondrina, el arte de construir adobes, del ruiseñor, el canto, etc. No sólo lo necesario para la vida, sino la diversión y los placeres se vieron fortalecidos como consecuencia del trabajo técnico basado en la imitación reflexiva de los procesos de la naturaleza. Posteriormente, según se dice, los hombres introdujeron las leyes, la religión y el amor al saber, esto es, la filosofía, que comenzó con la curiosidad que sienten ante lo que llama su sorpresiva atención (*thauma*) y el consiguiente placer de descubrir las causas ocultas de los fenómenos. Eso les llevó a suponer que en lo que no podían observar reinaban las mismas leyes que en lo observado. En realidad, todo se explicaba, según los partidarios del atomismo de Demócrito, suponiendo que hay unas partículas invisibles (átomos) que dan razón de lo que observamos.

Como nuestra vida depende de que haya luz, lluvia, calor, etc., concluyeron que los astros eran los productores de esas cosas, pero al mismo tiempo observaron que también dependían de ellos cosas temibles como el rayo y los diluvios, por lo que algunos supusieron que eran seres animados y providentes y les dieron el nombre de dioses (*theoi*), que, como dice Platón, en el *Timeo*, significa los que corren (*theonta*), porque suponían que giraban en torno a la tierra, que permanecía inmóvil.

La religión surgió a la par que el pensamiento, aunque éste revistiese la forma del mito. Según algunos estudiosos, la primera forma de religión fue la astrolatría, aunque el estudio del movimiento de los astros fue una de las principales ocupaciones de los filósofos griegos, que heredaron sus conocimientos de astronomía de los egipcios y de los babilonios. A la hora de explicar la naturaleza de los astros idearon diversas teorías. Frente a la opinión de aquellos que los creían dioses, Anaxágoras decía que eran piedras. Platón y Aristóteles los consideraron de una naturaleza diferente a la terrestre, ya que eran eternos y no sometidos a la generación ni a la

corrupción, y los concibieron como si fueran los verdaderos dioses. Los epicúreos, después de Anaxágoras, no divinizaron a los astros, entre otras razones, porque se formaban y se destruían, frente a lo que sostienen Platón y Aristóteles, sin cesar, lo que no se compadecía con la eternidad, que, según todos los filósofos, era el principal atributo de la divinidad. Ello no quiere decir que los epicúreos fuesen ateos; al contrario, sostienen que los dioses existen pero que no son providentes. En esto había una coincidencia con Aristóteles.

Epicuro es deudor del atomismo de Demócrito, abraza su hedonismo y su explicación sobre los orígenes de la humanidad, pero sobre todo su explicación de la *physis*. En la *Epistola ad Herodotum*²², afirma que del infinito puede surgir una pluralidad variada e indefinida de mundos compuestos de átomos y múltiples formas de vida, sin que haya un principio externo ordenante. La naturaleza está sometida en su totalidad a las mismas leyes; de modo que no ha lugar para la distinción de lo celeste y lo terrestre. Todo está compuesto de infinitos átomos que se mueven en un vacío infinito. No hay más leyes que las del mecanicismo

La teoría antropológica de Epicuro está inspirada en el atomismo de Demócrito. Los hombres, mediante el razonamiento, fueron perfeccionando lo que aprendieron de la observación de la naturaleza y de los animales. De los pájaros aprendieron el canto, de la araña a tejer, a curarse, observando los remedios que usaban los animales enfermos, etc. Fueron almacenando y buscando nuevos descubrimientos, destacando sobre todos el del lenguaje, que no surge de modo convencional, «sino que los hombres mismos, según su propia estirpe, al padecer afecciones y recibir percepciones particulares, emitían de modo característico el aire, conformado por las afecciones y percepciones de cada uno, según la diferencia existente entre las estirpes, que procedía de los diferentes lugares en los que residían»²³. «Después, de común acuerdo, según cada estirpe, se establecieron las expresiones propias con la finalidad de hacer menos ambiguas las manifestaciones recíprocas y más aptas para cumplir con mayor rapidez su función indicativa. Y quienes habían experimentado algunos hechos no conocidos por los demás, al presentarlos, los anunciaban con alguna voz, a veces constreñidos instintivamente a emitirla, a veces eligiéndola por razonamiento de acuerdo con las expresiones habituales empleadas para hechos similares»²⁴.

He aquí una explicación naturalista del lenguaje, aunque no suceda exactamente lo mismo, en cambio, con la valoración, hasta cierto punto, del progreso y del desarrollo científico que llevaron a cabo los epicúreos Diógenes de Enoanda y Lucrecio. Quizás coincidía más con los cínicos, para los que todo lo artificial era innecesario. Se podía calmar la sed sin necesidad de la escudilla, y una tinaja podía servir de cobijo. Aunque es verdad que el epicureísmo admite la superioridad natural

²² 73-76

²³ Ib. 75.

²⁴ Ib. 76.

de los hombres sobre los animales, es necesario tener en cuenta que, al mismo tiempo, hay en él una clara conciencia del mal uso que los individuos pueden hacer de los logros de la razón. Se asume el progreso, pero se le ponen ciertos límites, dejando siempre claro que eleva la vida: «*vitam provexit in altum*».

En la inscripción de Enoanda, Diógenes niega que las artes hayan sido dadas a los hombres por Hermes o Atenea. Así mismo, rechaza la hipótesis convencionalista del lenguaje que sostiene que éste fue transmitido por un *nomoteta*, un fundador de nombres, a los demás antes de que existieran las letras escritas y los sonidos correspondientes. La humanidad habría surgido de la tierra y, con el correr del tiempo, para evitar la intemperie, llegaron los hombres a cubrirse, aunque no conocían aún el arte de tejer con lana prensada o con las pieles de los animales y las hojas de los árboles. Tardaron mucho tiempo en descubrir el telar, pero la necesidad y la experiencia les llevaron al descubrimiento de las artes.

Lucrecio sigue fielmente a Epicuro y confiesa que su propósito es redactar en latín la *physiología* epicúrea. En el libro V describe el carácter natural, es decir, sin intervención divina, del mundo y del hombre. En consonancia con Zenón niega la tesis aristotélica de la eternidad del mundo, basándose en la novedad de las artes y en la escasa memoria que los hombres guardan del pasado, no más allá de la guerra de Troya.

Algunas artes, como la navegación, han hecho progresos recientes de la mano de los ingenieros navales de Alejandro. Filoxeno y Timoteo han perfeccionado la música, y Ctesibio y Timoteo los órganos hidráulicos. Herón inventó una especie de molino de viento. No obstante, según Lucrecio, el más importante descubrimiento es la filosofía epicúrea.

Respecto del progreso, Lucrecio mantiene una posición bifronte. Defiende, por un lado, los avances de la técnica y, por otro, es consciente de los riesgos que conlleva. Se conjugan en él el pesimismo y el optimismo. Hoy mueren en una sola batalla en el mar –dice– más hombres que antes en generaciones enteras: «...Pero, en cambio, un solo día no entregaba a la muerte muchos millares de hombres, llevados bajo banderas, ni las turbulentas aguas del mar estrellaban contra los escollos a naves y hombres, sino que las olas se enfurecían sin objeto, en vano, agitadas inútilmente»²⁵. Antes (*tunc*) morían porque desconocían el uso de los fármacos, ahora (*nunc*), mejor instruidos, los utilizan para deshacerse de sus enemigos. Antes morían por falta de alimento, ahora mueren por comer demasiado. Hay en él una constante contraposición entre el *tunc* y el *nunc*, el antes y el ahora, pero es muy importante advertir que para Lucrecio, y para los estoicos, el progreso técnico no siempre va unido al moral. Antes se contentaban con poco, ahora no se sienten felices con nada.

En cuanto a la forma de vida de los primitivos, Lucrecio sigue a Demócrito en general. Los hombres primitivos vivieron en un estado de salvajismo similar al de las

²⁵ Vv. 1000ss.

fieras («volgivago vitam tractabant more ferarum»), de las que se defendían como podían, huyendo de ellas. No sabían regirse por el bien común ni por ninguna ley o costumbre («Nec commune bonum poterant spectare neque ullis / moribus inter se scibant nec legibus uti»)²⁶. Eran más fuertes y robustos que en la actualidad. El uso del fuego los hizo frioleros. Dormían al raso, sobre la dura tierra o sobre la hojarasca. Primero se vistieron con despojos de las fieras, después aprendieron las artes del telar, ejercidas por los varones.

Lo que determina este estado inicial es la escasez de alimentos (*penuria cibi*). Vivían de forma gregaria en cuevas, pero no conocían aún el bien común (*commune bonum*) ni regían sus vidas por la costumbre o las leyes²⁷. Después de haber aprendido, por imitación de los animales o de la naturaleza misma, a construir chozas, a cubrirse con pieles y a usar el fuego (como consecuencia de la caída de un rayo o por el roce de dos ramas, no por obra de alguna divinidad), se asociaron en familias y vivieron en amistad, sin dañar ni ser dañados. De vez en cuando había entre ellos conflictos que les hacían retroceder a la antigua manera de vivir y guerreaban entre sí.

Después surgió el lenguaje articulado. Antes emitían voces²⁸ como los animales y se servían de gestos. Fue la utilidad (*utilitas*) la que impuso nombres a las cosas. El hombre imita a los animales y a los procesos naturales, como el rayo, el viento o el fuego. La imitación de los animales indica que entre los primitivos no había rastro de la soberbia y del orgullo que los hombres, que se dicen civilizados, sentirán después hacia los animales. Es más, podemos observar cómo en las paredes de las grutas o en los salientes de las rocas dibujaban figuras humanas o animales, probablemente porque les resultaba un entretenimiento placentero. También fabricaban útiles con los huesos de los animales y otros materiales diversos, dependiendo del uso al que estuviesen destinados.

Es indudable que con el tiempo los hombres superan por su ingenio a los animales, y que con el descubrimiento de la fundición de los metales su vida dio un giro significativo, pues aprendieron a construir armas y herramientas para despiezar sus presas, talar árboles, etc. Fue la observación de lo que ocurre en los incendios lo que disparó en ellos la chispa del descubrimiento de la metalurgia. También observaron que debajo de los árboles crecían nuevas plantas e hicieron ellos lo mismo que hacía la naturaleza, transplantándolas o depositando las semillas en la tierra, pero de modo más acorde con sus conveniencias. Lo mismo sucedió con las demás

²⁶ Vv. 961-2.

²⁷ Vv. 955ss.

²⁸ ARISTÓTELES, *De generatione animalium*, 786 b, 20, dice que la voz es la materia del lenguaje («tou de logou hylene einai ten phonen») y que la naturaleza, de entre todos los animales, sólo a los hombres dotó de esa capacidad de hablar («tauten ten dynamin apodedoken he physis dia toi logoi chresthai monous ton zoon»). En este mismo pasaje establece la distinción entre la voz (*phone*) y el sonido (*psophos*).

simientes, de cuyo cultivo surgió la agricultura y con ella la sedentarización del hombre. Después vinieron las artes aplicadas al gozo, como la música o la poesía. No obstante, el peligro estaba en que no siempre sabían contener su vida dentro de los límites naturales.

Según la doctrina epicúrea, sólo los placeres naturales y necesarios han de ser buscados. Los naturales y no necesarios han de seguirse con moderación, mientras que los no naturales ni necesarios deben ser desechados. Es preciso, según los seguidores de Epicuro, de los cínicos y de los estoicos, mantenerse dentro de los límites de la naturaleza.

5. Determinismo astrológico y libertad.

Con Platón se hace patente que el hombre no podría conocer los eclipses, los equinoccios, los solsticios, las tablas astronómicas, «si no residiese en su alma un espíritu divino, por cuyo medio tiene entendimiento y conocimiento de cosas tan grandes». Esa capacidad de predicción y, en suma, todo el acervo de conocimientos que el hombre atesora, no sólo en astronomía sino también en la política y en la moral, aparecen y desaparecen a causa de la acción de fenómenos externos: las catástrofes por fuego o por agua, según aparecen recogidas en los mitos, que para Aristóteles, «son los perdidos ecos que nos hablan de la filosofía de las edades perdidas»²⁹.

El carácter cíclico de la civilización humana depende del Gran año, en el que los astros retornan a sus posiciones iniciales. En el terreno de la cultura eso significa que lo que se descubre en un momento se perderá y volverá a ser descubierto. En cierto modo esto choca con la idea de progreso infinito del espíritu, que se vería afectado por causas externas de acuerdo con la ley natural, común a todos los seres vivos, que nacen, se desarrollan y mueren. La única excepción a esta regla sería, según Platón, el alma, cuya naturaleza es indestructible por sí misma, del mismo modo que lo es para Aristóteles el Intelecto agente, que permanece, según dice, impasible, sin mezcla y separado.

Esa especie de determinismo astral influirá, según los seguidores de Aristóteles, en la aparición de las religiones y de los grandes fenómenos sociopolíticos. La Astrología griega, presente en Platón bajo la forma del determinismo astral, sería la heredera de la gran ciencia descubierta por los babilonios, a la que tenían acceso unos pocos. Epicuro la combatió denodadamente, así como el determinismo que implicaba. La *fatis avolsa potestas* de Lucrecio se deriva del *clinamen* y da razón, en un doble plano,

²⁹ *De caelo*, I, 3, 270.

de la libertad humana y *animal*, así como de la formación de los cuerpos o agregados de átomos. Lo difícil es explicar cómo de la desviación de los átomos, tan problemática en sí misma, pues supone un movimiento sin causa según la mayoría de los filósofos, surge la libertad moral. El salto del plano físico al de la conciencia parece, según algunos autores, inexplicable según las premisas del atomismo. Ignoramos, dado lo poco que conservamos de Epicuro, cómo se puede explicar la aparición de lo vivo a partir de lo inerte, y, sobre todo, el surgimiento de la mente a partir de la materia, ya que no hay más que átomos carentes de cualidades, es decir, no hay átomos-alma, como dirán algunos filósofos en el XVIII.

Según Lucrecio, el caballo está dotado de *mens* y *voluntas*³⁰. No hay, en rigor, diferencia entre el animal y el hombre. Parece que en realidad se da un salto desde el plano ético, en el que la libertad es admitida como un presupuesto, al físico, en el que no hay evidencia sensorial de los átomos y mucho menos de su desviación, que no es sino una inferencia de la razón que permite explicar cómo en un vacío infinito se encuentran átomos infinitos. O bien los átomos se mueven en cualquier dirección, como afirmaba Demócrito, o caen en función del peso, como afirma Epicuro; pero si se comportan como las gotas de lluvia, es decir, moviéndose en líneas paralelas, es necesario admitir un principio de desviación o *clinamen* que dé razón de su encuentro. Hablar, no obstante, de caída en un universo infinito no tiene sentido, ya que no hay un arriba ni abajo en el infinito. Si todos los átomos se divisasen simultáneamente, como dice Cicerón en *De fato*, en un mismo sentido, tampoco se encontrarían. Es esa la razón por la que Cicerón rechaza la física epicúrea, ya que, según dice, es indigno de un físico admitir que se produce en el universo algo sin causa, esto es, al azar. Pero con independencia de la congruencia o no de la explicación de Lucrecio, el intento de refutar el determinismo, en el que incurrieron los estoicos y, según Cicerón, Aristóteles, es evidente. En este sentido, el *Theophrastus redivivus* sí sigue a Epicuro y rechaza el determinismo en cualquiera de sus formas. En esto, al menos, se desvía de Pomponazzi, que, en *De Fato*, se decanta por el determinismo aristotélico, señalado ya por Cicerón.

6. Sobre la inteligencia.

Volviendo de nuevo a retomar las diversas posiciones de los filósofos sobre los orígenes del progreso y de la cultura, Aristóteles³¹ sostiene que los primeros hombres,

³⁰ LUCRECIO, II, 263 ss.: «¿No ves también que en el brevísimo instante en que se abren las cuadras los caballos con empuje ansioso no pueden sin embargo saltar fuera tan pronto como la mente por su lado anhela?»

³¹ *Política*, II, 8, 1268.

ya sea que procedan de la tierra, ya sean supervivientes de una catástrofe, son vulgares e incultos; de modo que el hombre no se diferencia de los animales sino por su capacidad intelectual innata y por saber utilizar las manos, consideradas por él como el instrumento de los instrumentos³². Aristóteles recoge la afirmación de Anaxágoras de que el hombre es inteligente porque hace uso de las manos y le da la vuelta: porque es inteligente sabe usar las manos dándoles infinitos usos; con lo que resulta que el más desprotegido de los seres vivos puede utilizar, mejor que los demás animales, las herramientas que él mismo construye.

En *De partibus animalium*, relaciona la inteligencia con la sangre y, en *el caso de los exangües con el humor correspondiente*: de la mezcla de una sangre espesa y caliente se origina una mayor fuerza, mientras que una ligera y más fría da mayor sensibilidad e inteligencia («aisthetikoteron de kai noeteron to leptoteron kai psychroteron»). La misma diferencia se encuentra en los humores que corresponden a la sangre. Las abejas y otros animales exangües tienen más inteligencia (*fronimotera*) que algunos sanguíneos y, entre éstos los que tienen la sangre fría y ligera son más inteligentes que aquellos cuya sangre tiene cualidades contrarias. Pero los que tienen la sangre caliente, ligera y clara son los más dotados de carácter y de inteligencia.³³

Para el *Theophrastus redivivus*, la diferencia entre el hombre y los demás animales es sólo gradual, pues la razón está en todos por igual, aunque varíe de unos a otros según el más o el menos; del mismo modo que los niños, los dementes y los disminuidos psíquicos siguen siendo considerados hombres, es decir, en posesión de

³² ARISTÓTELES, *De anima*, III, 432 a, sostiene que lo que está en el alma, en el proceso cognoscitivo, no es la piedra, sino su forma, y añade: «De donde resulta que el alma es comparable a la mano, ya que la mano es instrumento de instrumentos y el intelecto es forma de formas así como el sentido es forma de las cualidades sensibles». En *De partibus animalium*, IV, 687, a, 5ss., dice que el hombre es el único de los animales que tiene posición erecta («monon orthon esti ton zoon ho anthropos») y que, no teniendo necesidad de patas delanteras, la naturaleza le dio brazos y manos («brajionas kai jeiras apodedoken he physis»). Por eso Anaxágoras dice que es la posesión de las manos lo que hace al hombre el más inteligente de los animales («dia to jeiras ejein phronimotaton einai ton zoon antropon»). Aristóteles, en cambio, dice que lo razonable es afirmar que tiene manos porque es el más inteligente («eulogon de di ato phronimotaton einai cheiras lambanein»). Si la naturaleza realiza lo mejor de entre los posibles («he de physis ek ton endechomenon poiei beltion»), el hombre no tiene manos por ser inteligente, sino que porque es inteligente tiene manos. El más inteligente es el es capaz de utilizar bien más instrumentos (*organois*), y la mano es un instrumento de instrumentos. Por eso la naturaleza dotó al ser capaz de alcanzar el mayor número de técnicas del más útil de los instrumentos, la mano («to epi pleiston ton organon chrésimon ten cheira apodedoken he physis»). No tienen razón quienes le consideran el más indefenso de los animales, ya que mediante la mano puede tener el arma que quiera cuando quiera («eti d'hoplonoion an bouletai kai hopou an bouletai echein»).

³³ ARISTÓTELES, *De partibus animalium*, 648 a 5ss.

la razón, a pesar de que ésta en ellos no funciona bien. Los animales piensan igual que los hombres y algunos están dotados de sentidos más perfectos que éstos e incluso poseen sentimientos, según se deduce de los múltiples testimonios transmitidos por Plinio y Plutarco. Plinio³⁴, en efecto, quiere humillar a quienes, como Panecio y Cicerón³⁵, sostienen que el mundo fue creado para el hombre y destaca todas aquellas cosas en las que éste es inferior a los animales: «Quorum igitur causa quis dixerit effectum esse mundum? Eorum scilicet animantium quae ratione utuntur. Hi sunt dii et homines, quibus profecto nihil est melius». («¿Para quién, pues, se dirá que ha sido creado el mundo? Sin duda para los seres con capacidad de razonamiento, los dioses y los hombres, mayores que los cuales no hay nada»). Plutarco, por su parte, equipara los hombres y los animales, y sostiene, basándose en el testimonio de Juba, que el elefante es inteligente, sociable, religioso, pues rinde culto a los astros, quizá los primeros dioses³⁶.

Ovidio³⁷, por su parte, destaca el nacimiento del hombre como el animal más sabio y de mayor capacidad mental, capaz de dominar la naturaleza, aunque

³⁴ *Nat. Hist.* VII.

³⁵ *De nat. deor.* II, 54, 61 ss.

³⁶ PLUTARCO, *De sollertia animalium*, 972 B, 17: «Juba afirma que los elefantes dan muestras de sociabilidad combinada con inteligencia. Y es que los cazadores les preparan hoyos que luego cubren con ramas finas y hojarasca ligera; pues bien, cuando un grupo numeroso de elefantes va de camino y uno de ellos cae en un hoyo, los demás acarrear maderas y piedras y las lanzan al interior hasta llenar la cavidad de la zanja, de forma que aquél pueda salir con facilidad. Cuenta también Juba que los elefantes ruegan de forma espontánea a los dioses, purificándose en el mar y reverenciando al sol naciente con su trompa, que levantan a modo de manos suplicantes. De ahí que sea el animal más caro a la humanidad, como atestigua Tolomeo Filopátor; y es que tras vencer a Antíoco quiso honrar de forma espléndida a la divinidad, así que entre otras muchas ofrendas para conmemorar la batalla, sacrificó a cuatro elefantes. Pero como más tarde le acometieron de noche sueños en los que el dios le amenazaba encolerizado por aquel sacrificio aberrante, no escatimó medios de apaciguarlo, entre ellos la erección de cuatro elefantes de bronce a modo de compensación por los que había mandado matar». (Traducción de Vicente Ramón Pallerm y Jorge Bergua Cavero, Gredos, *Moralía, IX, Sobre la inteligencia de los animales*, 2002, pp. 297-8).

³⁷ *Metamorph.* I, 76 y ss.: «Un ser más sagrado que éstos y más capaz de una mente profunda faltaba todavía y que pudiera dominar sobre los demás: nació el hombre, al que o lo creó de semen divino el Hacedor del mundo, origen de un mundo mejor, o la tierra reciente y separada hacía poco del elevado éter retenía el semen de su pariente el cielo...La primera edad que se creó fue la de oro, la que cultivaba la lealtad y el bien, sin autoridad, por propia iniciativa, sin ley. No existían el castigo y el miedo, ni se leían amenazas en tablas de bronce ni suplicante la gente temía el rostro del juez, sino que sin autoridad vivían seguros...sin la práctica militar la gente vivía sin problemas en medio de una paz agradable. Incluso la tierra misma, libremente, sin que el azadón la tocara ni el arado la hiriera, lo daba todo por sí misma, y, contentos con el alimento, producirlo sin exigirlo nadie, recogían los frutos del

considera feliz sólo la edad áurea, cuando el hombre no había aún descubierto los metales, ni inventado las armas, ni la navegación, ni el arado, ni las fortificaciones. Las técnicas son, según el poeta, un perjuicio para sus inventores. Virgilio, a pesar de inspirarse en Lucrecio, sueña con el retorno del reino de Saturno (*redeunt Saturnia regna*), pero, a diferencia de Ovidio, considera que el trabajo y el desarrollo de las artes son una bendición y despiertan la inteligencia y la actividad creadora del hombre. También sigue a Lucrecio el poeta Horacio³⁸, al afirmar que los primeros hombres forman un rebaño torpe y mudo (*mutum et torpe pecus*). Sólo cuando crean el lenguaje –dice– dejan de hacer la guerra, edifican ciudades y se dan leyes para castigar los crímenes. En Juvenal aparece también una crítica a la edad de oro. Vitrubio, en su *De architectura*, valora las artes plásticas y sobre todo la arquitectura. El lenguaje –dice– fue engendrado por la convivencia social y las artes imitan y transforman la naturaleza. En ellas el conocer se identifica con el saber hacer.

En el origen de la civilización, según Vitrubio, la curiosidad humana estuvo en el centro de la actividad especulativa. El fuego debió causar una profunda impresión en los hombres primitivos, que primero se asustarían y huirían, pero después probablemente retornaran al lugar e intentarían conservarlo y hacer uso de él para calentarse, cocinar los alimentos, fundir los metales o charlar en torno a él. Eso posibilitó la convivencia a la par que el lenguaje y las artes. Lo que resulta verdaderamente curioso es su pretensión de universalizar su suposición, ya que cree que en los pueblos primitivos de su época, como los galaicos, por ejemplo, los hombres aún se comportan de acuerdo con su descripción.

La competencia (*certatio*) –añade Vitrubio– genera en los hombres el deseo de mejorar lo que otros han descubierto y perfeccionarlo, dando paso al ejercicio del ingenio y a los más variados tipos de construcción. Los artífices (*fabri*) profesionales hicieron progresar las técnicas de construcción a causa de que tenían buenas manos y un talento sagaz. El desarrollo de la arquitectura dio lugar al descubrimiento y desarrollo de nuevas artes y ciencias, como el dibujo y la geometría, pero todas las disciplinas se interrelacionan, de modo que el arquitecto debe conocer la literatura, la historia, la música, etc. Como consecuencia del dominio de las artes los hombres salen del estado de vida ferino y agreste, y alcanzan un reinado de paz («e fera agrestique vita ad mansuetam perduxerunt humanitatem»).

madroño, las fresas salvajes, y las bellotas, las que caían del copudo árbol de Jove». (Traducción de Antonio Ramírez de Verger, Alianza, 1995, p. 70).

³⁸ *Sátiras*, I, 3, 98ss.